

menos «la educación doméstica, que es la base de las buenas costumbres y de las virtudes sociales», de la que apenas queda «una sombra de respeto, recato y recogimiento con que se criaban los hijos, y de la fidelidad de las mujeres a sus maridos; de cuya falta nace principalmente la corrupción de este siglo»⁷⁶. Sin embargo, el balance final es decididamente progresista: «Con todo ello, puede asegurarse que (las costumbres) no son peores que en otros tiempos. Por todo el siglo pasado había la misma corrupción que en éste y se carecía de muchas proporciones a favor de las buenas costumbres que ahora disfrutamos.

«Las escuelas se han mejorado notablemente; se han cortado muchos abusos en las universidades; se han fundado nuevos seminarios y mejorado los antiguos; se ha contenido la desenfrenada licencia que había de opinar en materias morales; la oratoria sagrada se ha perfeccionado; se han aumentado muchos establecimientos píos; se ha puesto orden en muchos ramos pertenecientes a la policía. Finalmente, en nuestro tiempo se han desarraigado o disminuido muchas de las causas que en los anteriores aumentaban la corrupción»⁷⁷.

Por otra parte, el método empleado por Sempere en su análisis histórico responde, obviamente, a la concepción del conocimiento social de la época, lo que Maravall llama una «trivialización del esquema de la ciencia»⁷⁸, que ancla sus raíces en la física newtoniana y que consiste en establecer un nexo de causalidad entre los fenómenos hasta remontarse a la causa principal. Método que, además, viene como anillo al dedo a las ansias reformadoras de los ilustrados, pues, según ellos, sin conocer las causas de un problema difícilmente puede procederse a su solución correcta: «Pero deben observarse las causas naturales de los vicios políticos para corregirlos, si puede ser, en su raíz; porque de otra suerte, de nada sirven, y aun pueden ser más perjudiciales que útiles las prohibiciones y demás medios con que se procuran precaver, como se podrá advertir en la historia de las leyes suntuarias que vamos escribiendo»⁷⁹. Con este modo de análisis —al que hay que añadir su cuidado teórico por la definición y la periodización⁸⁰, descubre Sempere la estructura de la historia de España, manifiesta a través de períodos de prosperidad y decadencia, unidos de tal manera que la decadencia casi siempre aparece engendrada en el seno de una época próspera: «Las grandes prosperidades de los estados suelen llevar dentro de sí mismas ciertos principios de desgracia y de decadencia, que la vista más perspicaz, deslumbra por la gama, la gloria y la abundancia no conoce; y cuyos funestos efectos los ve y padece la posteridad. Los reinos extraños presentan varios ejemplos de esto y España se ha visto también muchas veces en semejante situación»⁸¹. Está hablando del contraste entre el reinado de Fernando III y el de su hijo Alfonso X, para descubrir que entre las principales causas de la decadencia destacan las económicas: «Muchas causas influyeron en aquellos sucesos desgraciados. Mas si se considera atentamente se verá

⁷⁶ *Ibid.*, pág. 183.

⁷⁷ *Ibid.*, pág. 188.

⁷⁸ *Mentalidad burguesa*, cit., pág. 267.

⁷⁹ *Historia del lujo*, I, pág. 106.

⁸⁰ *Ibid.*, II, págs. 179-182.

⁸¹ *Ibid.*, I, págs. 83-84.

el origen de todas ellas en medio de la prosperidad. San Fernando agotó las rentas del Estado para sus conquistas. En su tiempo se hubo de bajar por la primera vez la ley de la moneda, recurso miserable, cuyas fatales resultas se procuraron remediar con otro medio todavía más ruinoso, cual es la tasa»⁸². Mas adelante descubrirá el mismo fenómeno en los reinados de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II, pero esta vez con la amargura de quien contempla cómo se perdieron oportunidades preciosas para consolidar un Estado fuerte y moderno económicamente, condición de la fortaleza política. Hablando de aquel reinado, y refiriéndose a un producto de lujo, la seda, que era objeto de las antieconómicas leyes suntuarias, explica así su credo liberal-burgués: «Las fábricas de ésta habían llegado a ser tan florecientes, que no sólo consumían las grandes cosechas de Granada, Murcia y Valencia, sino también gran porción que se introducía de Nápoles y Calabria.

¿Qué más podía desear un Gobierno ilustrado, particularmente cuando acababan de descubrirse las Indias? En ellas hubieran encontrado consumo todas las manufacturas de esta especie; y los retornos hubieran pagado abundantemente la industria de los españoles, mucho más no habiendo por enconces otros que comerciaron en aquellos vastos países. Alentados de este modo con el comercio los artistas, hubieran ido perfeccionando las fábricas. La abundancia de operarios hubiera abaratado los jornales y, de este modo, siendo los géneros españoles mejores y más baratos que los de otras partes, ¿quién puede dudar que hubieran venido a cargarlos en nuestro país los mercaderes extranjeros y que nuestro comercio activo en este ramo se hubiera extendido con proporción a la facilidad y ventajas que le presentaban las circunstancias?»⁸³.

En un análisis casi maquiavélico, partiendo de la base de encomiar la histórica labor de unificación política llevada a cabo por los Reyes Católicos, sólo entiende el fracaso económico atribuyéndolo a los «adorables arcanos de la Divina Providencia. Ya Maquiavelo había tenido a Fernando el Católico por modelo de su *Príncipe*, aunque acabó afirmando de él que le faltaba la «fortuna» correspondiente a su «virtud» política. Porque, como dice Sempere, «si a la situación en que había puesto a la Corona de España la política de los Reyes Católicos, y a las muchas circunstancias que se reunieron en su favor, se hubiera añadido un plan bien meditado de Economía política, el fomento constante de las fábricas y los artesanos y uniformidad en las providencias relativas a éstas, al comercio y a la agricultura, ¿qué fuerzas eran capaces de competir con las de los españoles?»⁸⁴ Y habla en seguida de los astutos y laboriosos holandeses, que con menos medios consiguieron lo que no supieron hacer los inicialmente afortunados españoles.

Luego de llegar a las mismas deprimentes conclusiones para los reinados de Carlos V y Felipe II, continúa Sempere desarrollando sus ideas económicas, dirigiendo sus críticas contra los obstáculos al preferido desarrollo librecambista: contra los privilegios estamentalistas y gremiales; contra el intervencionismo excesivo del

⁸² *Ibid.*, págs. 84-85.

⁸³ *Ibid.*, II, págs. 14-15.

⁸⁴ *Ibid.*, págs. 15-16.

Estado; contra los «estancos»; contra los privilegios fiscales... Contra todo ello propone la libertad privada, acompañada del adecuado plan estatal, en una formulación con aportes neomercantilistas y liberales que, desde hoy, no puede menos que hacernos pensar en las decisiones económicas de nuestras democracias liberales intervenidas, donde la esfera de lo público y lo privado cada vez resulta más borrosa. Pero ya entonces el modelo económico era el inglés y Sempere estaba al tanto de ello, atribuyendo la clave del éxito de la ejemplar Inglaterra en el hecho de que allí «siguen la máxima de sacar el partido más ventajoso de las pasiones de los hombres en beneficio del público»⁸⁵.

Desde esta perspectiva, de la mano de la historia económica y social con que va resolviendo su *Historia del lujo*, llega Sempere a determinar el momento culminante de la decadencia española, cuyas causas repetimos, son para él fundamentalmente estructurales y económicas: «La monarquía española, enferma ya y debilitada desde muchos años antes en su interior constitución, empezó entonces —reinado de Felipe IV— a arruinarse visiblemente con la pérdida de provincias enteras, ciudades y plazas importantes, y lo que fue peror, con la de sus manufacturas y comercio. No se veían ya sino tristes reliquias de las famosas fábricas de paños de Segovia y telas de seda de Toledo, Granada, Valencia y Sevilla. El comercio de esta ciudad, tan floreciente en otro tiempo, estaba destruido. La agricultura generalmente abandonada, por falta de brazos y mucho más por las trabas con que fue oprimida. Los artesanos, faltos de estímulo, abandonaron sus tiendas. A todas estas causas se añadían los inmensos gastos que tenía que hacer la Corona para sostener su decoro y sus conquistas, los cuales se hacían mucho más pesados e insoportables por el vicioso sistema que reinaba entonces en la administración de la Real Hacienda»⁸⁶.

No queremos terminar esta parte sin dejar constancia del papel de Sempere como testigo de la «revolución» que significa el modo de vida burgués enfrentado al modo estamentalista tradicional. Fenómeno que ya descubre analizando el reinado de Alfonso X el Sabio: «Desde el tiempo de aquel rey empezaron a formarse hermandades de los comunes de las ciudades y villas, que fueron haciéndose cada día más temibles y capaces de resistir a la nobleza y aún a los mismos reyes.» Este fenómeno, que ve como el efecto de la extensión de la riqueza nacional, operaría como dispositivo «para una importante revolución». Acatando las ideas de Montesquieu y Locke, constata, como elemento de tal revolución, el papel de contrapeso político de la burguesía, que acaba redundando el beneficio de la monarquía: «El poder del pueblo empezó a balancear con el de la nobleza, y en medio de los choques de estas dos clases, la Magestad fue adquiriendo el decoro y la autoridad que le corresponde para hacerse respetar y obedecer.» Pero, ¿qué es lo que hace que una parte del pueblo tome conciencia política y adquiera pretensiones de participación social? Sempere lo tiene claro: el interés egoísta innato y la adquisición de riqueza mediante el trabajo —ahora tenido como supremo valor económico—, unidos a las nuevas relaciones de mutua dependencia, de base económica: «El pueblo, que había estado antes despreciado y

⁸⁵ *Ibíd.*, págs. 60-65.

⁸⁶ *Ibíd.*, pág. 129.